

## Prosas Apátridas

**Julio Ramón Ribeyro.**

Aún no has terminado de celebrar la primavera y ya ha llegado el invierno. Quedarás tú, como los libros, lleno de erratas, nadie te comprenderá. ¡ Ah, cómo no fueras uno de esos pueblos solares, ígneos, cercados por la arena, inmóviles, eternos bajo la canícula !

Esas horas usadas en la espera - la habitación a oscuras, fumando, la plaza desierta - esas horas sustraídas al reposo, al trabajo, al placer, nadie me las devolverá ni me las recompensará. Horas sin compañía ni testigos, solo yo las conozco, horas muertas peores que la muerte. Ellas me han laminado, cepillado, convertido en sucio aserrín.

Para llegar adonde debes llegar elige las calles por donde no sople el helado viento del norte. Pero sólo las calles que conducen a ese lugar están barridas por el helado viento del norte.

Las palabras que callamos eran las que deberíamos haber pronunciado. Los gestos que guardamos por pudor eran los que deberíamos haber cumplido. Los actos que nos parecieron banales eran los que se esperaba de nosotros. Otros lo hicieron en nuestro lugar. Paguemos ahora las consecuencias.

No, no vale la pena aumentar el volumen del concierto de Mozart para tres pianos que escuchas, hasta que los muros tiemblen, hasta que vibren los cristales de la biblioteca. Su intensidad, su brío, no acallarán la melodía doliente que suena en ti.

La carta que aguardamos con más impaciencia es la que nunca llega. No hacemos otra cosa en nuestra vida que esperarla. Y no nos llega porque se haya extraviado o destruido sino sencillamente porque nunca fue escrita.

No, la moneda antigua que tú tienes guardada no es aquella que en la última venta pública alcanzó ese precio fabuloso. La tuya es la quiñada, la de serie, la devaluada, la falsa, la que nadie querrá comprar ni siquiera al peso y que servirá apenas para hundirle un clavo en el centro a fin de asegurar el tablero de una mesa desvencijada.

Esta mañana, al salir a la calle, el sol de enero, el sol de invierno, como un globo rampante sobre los techos de París en el aire glacial y translúcido. ¡Pobre astro mendicante, me dije, tan luciente en el verano, tan orgulloso y seguro de ti y ahora grúas y chimeneas te opacan y sangran sin despertar piedad, como tu corazón, como el mío!

Hay momentos en que el sufrimiento alcanza tal grado de incandescencia que diríase nos cristaliza y nos vuelve por ello indestructibles.

La única manera de continuar en vida es manteniendo templada la cuerda de nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro.